

**Universos pastoriles en crisis: influjo narrativo de la violencia en
*La pastora de Mançanares y desdichas de Pánfilo***

Paola Encarnación Sandoval
(El Colegio de México)

Revisitar en nuestros días la novela pastoril se presenta como un desafío de lectura e interpretación tan sugerente como enriquecedor. Es cierto que al hablar de libros de pastores las evocaciones habituales apuntan a entornos naturales altamente idealizados, a personajes pastoriles dominados por un amor inquebrantable, ocupados más de lamentarse y contar desventuras que de cuidar sus ganados, y a una prestigiosa tradición literaria que exalta las posibilidades artísticas y afectivas del ocio que ofrece el *locus amoenus*. Sin embargo, basta con hacer una revisión somera de los títulos más célebres del género para advertir que, de la mano de estos atributos tan codificados por escritores y lectores, la pastoril española incorpora también inquietudes más terrenales —las pasiones, las crisis sociopolíticas y la violencia— que nos hablan de la complejidad de un género en constante diálogo con sus receptores. De estos fenómenos, me interesa especialmente la violencia debido a que la asociación de este concepto con la novela pastoril podría resultar, en un primer momento, desconcertante: no pensaríamos que en ese ambiente idílico hay lugar para la sangre, la muerte y el agravio. Así, intentar una lectura de las manifestaciones literarias de la violencia en este corpus es pertinente, como han señalado ya varios especialistas, para desmitificar la excesiva idealización de los libros de pastores españoles y reflexionar sobre la violencia pastoril como una vía de problematización de la realidad (Mujica; Cull; Castillo Martínez 2005 y Santa-Aguilar).

Las manifestaciones de violencia en los libros de pastores están presentes en toda la trayectoria del género. Desde los salvajes intentando forzar a las ninfas de la *Diana*, pasando por la latencia de muertes violentas en *La Galatea* hasta los enredados asesinatos de *El pastor de Iberia* y los numerosos duelos de *La Cintia de Aranjuez*, los actos violentos se imbrican en la configuración de estas obras para aportar variedad y riqueza narrativa a los textos. Naturalmente, el trabajo literario con la violencia en la ficción pastoril está relacionado con la evolución del género. Como ha explicado Cristina Castillo Martínez, los libros de pastores —al igual que otros géneros— experimentan un proceso en el que sus atributos definitorios se canonizan, se desgastan poco a poco e inevitablemente se distorsionan (2005, 40). En este proceso de decadencia de las convenciones que le dan identidad al género, la violencia tiene un papel fundamental, y por ello propongo un análisis de sus funciones narrativas en un testimonio singular dentro del corpus: *La pastora de Mançanares y desdichas de Pánfilo*.

Esta obra, editada y estudiada a profundidad por Castillo Martínez (2005), tiene la peculiaridad de ser el único texto del corpus que se conserva manuscrito, sin autoría resuelta y que rechaza la alternancia prosa-verso con su andamiaje total en verso. A partir de argumentos convincentes (referencias paratextuales, la presencia de composiciones poéticas que aparecen en un manuscrito del XVII y esporádicas alusiones históricas, por mencionar algunas),¹ la estudiosa ubica el libro ya en el siglo XVII; es decir, en el declive del género pastoril. Dentro de los varios rasgos que *La pastora de Mançanares* presenta como divergencias frente al canon,² la violencia se postula como síntoma de las transformaciones sustanciales en la estética pastoril. Por ello, en

¹ Ver el apartado “Génesis de la obra” de la datación en su edición (21-27).

² Por ejemplo, que exista un único caso de amor, que no exista alternancia prosa-verso, que el *locus amoenus* se haya sustituido por un entorno natural casi hostil, entre otros.

este artículo estudio el influjo de la violencia en la estructura de *La pastora de Mançanares* para proponer que el tratamiento literario de lo violento ilustra las considerables fisuras de un mundo bucólico desequilibrado y agotado para el momento de su publicación.

Si bien es evidente el desgaste de los tópicos pastoriles en esta obra, mi interés radica en relacionar esta transformación con dos mecanismos narrativos sostenidos por la violencia: la caracterización del personaje pastoril masculino y la elaboración de un episodio contundente que propicia el contraste de perspectivas del narrador y de los personajes. He organizado el texto partiendo de un breve repaso de las aportaciones críticas sobre la violencia en el universo pastoril hispánico, para luego tratar el influjo de la violencia en la configuración del protagonista masculino y, finalmente, desarrollar la particularidad del tratamiento de episodios violentos como materia narrativa que ocurre, se relata y se consolida en el entramado de la obra (a diferencia de varios títulos en los que la violencia únicamente se evoca en los relatos interpolados de los personajes).

La presencia de elementos violentos como parte constitutiva de la novela pastoril ha sido estudiada con creciente interés crítico en las últimas décadas. En lo que respecta a *La pastora de Mançanares*, como ya habrán notado los lectores, prácticamente no hay contribuciones académicas excepto las varias y muy luminosas de Castillo Martínez (2003, 2004, 2005, 2010). Así, para establecer un panorama crítico, es importante decir que algunas de las observaciones analíticas al respecto, sobre todo durante el siglo XX, se limitan a comentarios dentro de estudios panorámicos o introductorios de las obras más conocidas del corpus (Avalle Arce 1974; López Estrada 1974; Montero 1996). Hay, además, propuestas críticas desarrolladas sobre el eje argumentativo de la violencia en títulos concretos, y en este caso ha sido *La Galatea* la novela pastoril más afortunada, con el trabajo capital de Barbara Mujica (1986) y otros más recientes como el de Sáez (2015) y Muñoz Sánchez (2020). En las propuestas que han tratado el fenómeno de la violencia en varias obras del corpus, sobresale la aportación de J.T. Cull (1987) y, sobre todo, la de Castillo Martínez que clasifica la violencia pastoril en tres rubros: la ejercida contra uno mismo, contra otros y la que se refleja en manifestaciones naturales (2010). Vale la pena también atender a los estudios introductorios de ediciones actuales, en los que se brinda un lugar importante a la violencia como parte constitutiva de las obras editadas, como *El pastor de Iberia*, editado por García Aguilar (2017) y *La pastora de Mançanares*, con la edición de Castillo Martínez (2005). A estas aportaciones se suma el reciente artículo de Sara Santa-Aguilar que, si bien se ocupa privilegiadamente de *La Galatea*, analiza las pastoriles previas para establecer tres niveles en los que se elabora literariamente la violencia: el narrativo, el ideológico y el compositivo (2023, 147).

Como vemos, entre las pautas interpretativas de la violencia en el corpus pastoril, buena parte de la crítica coincide en que se trata de un fenómeno que rompe con el ambiente idílico característico de las obras. Este resquebrajamiento de la típica armonía bucólica se explica, a menudo, como la tergiversación de un amor que, convertido en furia, incita a los personajes a cometer actos violentos (Mujica; Cull; Castillo Martínez 2005), como vía de legitimación de acciones cuyo fin es restaurar la armonía pastoril (Santa-Aguilar), y también como manifestación de la decadencia del género, en la que la violencia es materia humorística para el receptor (Castillo Martínez 2005 y 2010). Esta última línea de interpretación es especialmente pertinente, ya que Castillo Martínez argumenta que la violencia en *La pastora de Mançanares* evidencia la distorsión de las convenciones canónicas pastoriles en la medida en que su tratamiento está orientado a suscitar el humor (2005, 160). Así, mi planteamiento a propósito de los mecanismos narrativos de la violencia en dicho libro de pastores pretende abonar a la discusión no para

contravenir la lectura humorística, sino para determinar el influjo narrativo de la violencia en esta obra y calibrar los matices de su recepción en los lectores contemporáneos.

Un pastor “de cólera encendido.” La violencia como principio de configuración del personaje pastoril

Los lectores aficionados a la novela pastoril están familiarizados con los epítetos con que los narradores suelen perfilar a sus personajes; no en vano la obra fundacional del género se abre con la memorable imagen del *olvidado* Sireno bajando por las montañas de León. Los nombres, los atributos físicos y psicológicos, el discurso y la manera de interactuar son rasgos que van construyendo a los personajes literarios frente al lector. En el caso de los libros de pastores, el pastor responde a un tipo bien definido por su inverosímil belleza, por sus aptitudes artísticas y por su afectividad a flor de piel. Si pensamos, específicamente, en los protagonistas masculinos del género en sus momentos tempranos recordaremos que, pese a que no hay una descripción de su belleza física tan detallada como ocurre con las pastoras, sabemos que son bien parecidos, poetas y músicos por naturaleza y casi siempre, los más firmes amantes.

La manera en la que los personajes aparecen frente al lector depende tanto de la perspectiva de narrador, como de la perspectiva de otros personajes, así como de sus acciones y discursos en el relato. En este sentido, el protagonista de *La pastora de Mançanares* tiene una caracterización que oscila entre las convenciones y las transgresiones. Ciertamente que es un pastor, un enamorado fiel y un músico y narrador por naturaleza —aunque menos curioso y ávido de relatos que en otros libros—. Sin embargo, tanto la voz narrativa como otros personajes lo perciben como un sujeto arrebatado, furioso y colérico; además, en sus episodios de furia celosa suele valerse de armas, como cuchillos, hondas y pistolas y, desde la mirada lectora, lo vemos transitar de la más profunda convicción amorosa a la renuncia determinante a la vida pastoril (pasando por no pocos impulsos homicidas).

Ya ha dicho Castillo Martínez sobre la caracterización de los personajes en *La pastora de Mançanares* que se trata de figuras que “en aspectos como el psicológico, han experimentado una evolución importante al romper con el acartonamiento al que les tenía confinado el género” (2005, 42). Esta evolución, en el caso de Pánfilo, se traduce en un pastor anómalo, de carácter mudable e impredecible y construido con rasgos más humanos que los idealizados por el arquetipo de la pastoril clásica y renacentista. Uno de los primeros atisbos de esta configuración es el propio epíteto que recibe en los primeros momentos de la historia y que se menciona en el propio título de la obra: desdichado. Además de que hay pocos títulos en el corpus en los que aparezca el pastor masculino (*El pastor de Filida*, *El pastor de Iberia*), la apuesta por caracterizarlo desde la *desdicha* sitúa en el panorama el primer guiño para trazar este quiebre de convenciones pastoriles a partir del personaje.

Como en otros testimonios pastoriles, el título resulta un tanto paradójico, pues el predominio del relato no está centrado en el personaje que en él se enuncia en primer lugar (la pastora de Mançanares, Amarilis), sino en las continuas crisis y desventuras del desdichado Pánfilo.³ Una temprana descripción del protagonista en la voz del narrador, indica:

Era Pánfilo moço, alto y dispuesto,
de veinte y cuatro años no cuplidos;

³ En la *Diana* de Montemayor, por ejemplo, la presencia de la pastora que le da nombre a la obra no es tan protagónica como otros personajes. En *La Galatea*, Galatea tiene protagonismo, pero no superior al de otras pastoras, como Teolinda, y sus respectivos casos de amor.

de buena cara, su bigote apuesto,
 y pulido pastor entre pulidos;
 de sosegado asiento y muy compuesto
 y no de pensamientos abatidos.
 Era discreto, afable y bergonçosso
 y en algunos peligros animoso
 (vv. 360-367).⁴

La compostura y sosiego con los que se le dibuja en momentos tempranísimos del relato se difumina pronto en el devenir de la narración cuando el pastor comienza a ser descrito por el narrador a partir de sintagmas como: “tan perdido, tan loco y tan turbado” (v. 3749), “lleno de cólera encendido” (v. 3929), “loco de pesar” (v. 4110); sin mencionar las repetidas ocasiones en que se alude a su carácter celoso, furioso y, naturalmente, desdichado. Desde luego, esta adjetivación que apuntala la violencia que ejercerá el pastor en contra de su amada, se combina con la idea del amante ridiculizado y melancólico que da muestras físicas de su mal de amor, como otros pastores del corpus, a quienes se les describe flacos y amarillentos.⁵ Así, por un lado vemos, como afirma Castillo Martínez, a un pastor humillado por los engaños constantes de una Amarilis poco honesta en sus amores (2005, 43); sin embargo, también atestiguamos esa faceta irascible, impulsiva y desbordada que anticipa el ejercicio de la violencia. Esta alternancia de rasgos es indicativa de un personaje pastoril complejo, configurado con los matices propios y más humanos de la contradicción, las dudas celosas y el ímpetu de venganza.

Otra manifestación de cómo la violencia permea en la construcción del protagonista masculino reside en la percepción de Amarilis que exhibe su discurso. Desde luego que, en el contexto de las dificultades amorosas convencionales en la pastoril —relativas a ausencias, enredos identitarios y matrimonios forzados— los conflictos afectivos en *La pastora de Mançanares* resultan anómalos al estar sustentados en la inconstancia y la ambición material de la protagonista. Cabe señalar que la opinión tanto del narrador como de los personajes sobre Amarilis no es muy favorecedora, y ya ha atinado Castillo Martínez en notar que la misoginia en la obra “se manifiesta de una manera más clara y contundente en las intervenciones del narrador que en las opiniones del personaje” (2005, 56); sin embargo, no deja de resultar cuando menos llamativo que Pánfilo se refiera a ella con apelativos inusuales en el mundo pastoril. En tanto víctima de sus engaños y deshonestidades, Pánfilo la llama en persona, en carta y en sus interacciones con otros personajes “pastora ruin” (v. 3980), “muger tan ruin” (v. 5283), “muger más alebossa” (v. 5442), “por ser tan baja” (v. 5630) y “muger fácil, engañosa, arpía” (v. 5669). Lejos de estas expresiones han quedado las hiperbólicas alabanzas a la belleza y virtud de las pastoras de los títulos más conocidos del género. Y si bien es posible justificar estas expresiones en la inconstancia de Amarilis, la sola mención de estas palabras —especialmente para lectores de nuestro siglo— también podría interpretarse como una agresión verbal considerable hacia una mujer.

Un último aspecto de la configuración del personaje vinculado con la violencia es la pulsión homicida de Pánfilo. De nuevo, el lector comprende que el ánimo de matar del

⁴ Todas las citas de *La pastora de Mançanares y desdichas de Pánfilo* corresponden a la edición de Castillo Martínez (2005). En adelante, se indicará entre paréntesis únicamente los versos de la cita.

⁵ Dice el narrador: “Yo apostaré que Pánfilo, en un punto, / se quedará en el prado cual difunto, / porque es tanto el amor que en él á entrado / que no comía y nunca repossaba / Toda la noche estaba desbelado / y solo en su Amarilis contemplaba. / Bino el pastor a estar en tal estado / que la salud y vida le faltaba” (vv. 2139-2546).

protagonista obedece al furor celoso y al continuo desengaño al que lo somete Amarilis. Sin embargo, la recurrente expresión de ganas de vengarse de Riselo —el pastor adinerado, pelirrojo y viejo con quien lo engaña la pastora— es desconcertante y, me parece, está encaminada al progresivo desencanto de Pánfilo que deriva en la renuncia total al amor y al oficio de pastor. Llama la atención, en este sentido, que además de decir abiertamente que quiere matar a Riselo, tenga para su intención armas como hondas, dagas y cuchillos. De este modo, son varias las ocasiones en que el pastor enamorado afirma pretensiones como la siguiente:

“Mi vida está en que muera este embustero.”
 Y assí, lleno de cólera encendida,
 se armó de malla de muy fuerte azero
 que Pánfilo de noche se ponía.
 Aquella noche intenta —caso fiero—
 de matar a Riselo [...]
 (vv. 3927-3932).

Esta pulsión homicida de Pánfilo nunca se concreta, a pesar de su ímpetu, sus emociones desbordadas e incluso de estar armado. No deja de ser interesante también que el anhelo de matar no alcanza solamente a su rival de amores, sino a la propia Amarilis, como dice el narrador: “bien quisiera allí Pánfilo matalla / mas el amor le fuerça a más amalla” (vv. 3750-3751). En síntesis, la configuración del personaje está permeada de rasgos de violencia, perceptibles en la forma en que el narrador se refiere a él, en las marcas de agresión discursiva hacia Amarilis y en la pulsión homicida que no se cristaliza en el relato. La convergencia de estos tres rasgos resulta, como veremos, consistente con la intención narrativa de los episodios de violencia física más disruptivos en la obra.

Pastores, puñetes y negación de la vida pastoril

Como mostré en líneas anteriores, la construcción del personaje masculino de *La pastora de Mançanares* presenta un talante de ruptura frente al tipo literario del pastor que dominó en los albores del género. Esta apuesta por describir a Pánfilo con atributos violentos funciona como un indicio que advierte o prepara al lector para los episodios en los que, dominado por los celos y la ira, el pastor abofetea en dos ocasiones a Amarilis, además de lanzarle en otro momento una cazuela y agraviarla con la palabra. Si bien el tratamiento de la violencia en estas escenas transgrede por sí mismo la pretendida armonía bucólica, desde la lectura que propongo, es posible también identificar implicaciones en la articulación narrativa de la obra. Para comprender su singularidad merece la pena tener presente la estructura predominante de las novelas pastoriles: hay una narración principal en la cual se imbrican, progresivamente, relatos interpolados.⁶

⁶ Dice Juan Montero a este respecto: “[En la *Diana*] se dan dos niveles narrativos diferenciados —esquema que pasó a ser habitual en las novelas pastoriles españolas. Uno es el de los hechos que efectivamente ocurren en el presente de la narración y cuyo relato, en tercera persona, corre a cargo de un narrador primario de carácter extradiegetico. Otro es el de los hechos sucedidos en el pasado y actualizados, en primera persona, por un personaje en funciones de narrador intradiegetico o paranarrador, mientras otros hacen de oyentes de su relato—paranarratarios que en cierto modo representan a los lectores dentro de texto. Lo que suele ocurrir entonces es, como se ha dicho, que ese narrador secundario procede a contar por extenso su biografía sentimental o cuando menos a exponer un resumen de la misma” (1996, LIV).

Este apunte sobre la estructura resulta pertinente ya que, en la elaboración literaria de la violencia en este corpus, hay sucesos que ocurren en el nivel principal de la narración y otros que están constreñidos a los relatos interpolados. Para sintetizar: hay violencia que *ocurre* y violencia que *se cuenta*. La violencia que ocurre no es inusual, pero es menos frecuente que los episodios violentos detalladamente narrados por los personajes al contar sus desventuras a sus ávidos oyentes. Para comprender mejor esta diferencia en la elaboración de lo violento según el nivel narrativo en el que se suscite, podemos pensar, en primer lugar, en el episodio de los salvajes del primer libro de la *Diana*. Como recordará el lector, este suceso ocurre en el libro II y sirve para presentar la belleza y valentía de Felismena. El narrador cuenta cómo tres salvajes “de extraña grandeza y fealdad” (1996, 92) atacan a tres ninfas de la compañía de Sireno, Silvano y Selvagia. El episodio es breve y, aunque se amenaza la honra de las ninfas, todo se resuelve con las saetas de Felismena que, diestramente, terminan con la vida de los salvajes. Este tipo de violencia se ubica en el nivel principal de la narración; es decir *ocurre*, y si luego es referida, no tiene ninguna incidencia en los relatos interpolados de los personajes.

El otro tipo de manifestación narrativa de la violencia es aquella que *se cuenta*, que *se relata*. Podemos hallar un ejemplo en *La Cintia de Aranjuez* (1629), libro de pastores también de la etapa última del género, caracterizado por la presencia de personajes conscientes de lo pastoril como disfraz de la vida cortesana. Debido a que todos los personajes han escapado de sus vidas urbanas para recrearse en una fingida arcadía, entre sus pasatiempos está contar largas historias teñidas de numerosos duelos, sangre y muerte, pero siempre evocados. Este tipo de violencia brinda tensión y variedad a los relatos en primera persona de los personajes pastoriles y representa un mecanismo de *difuminación* de la violencia, valiéndome de la terminología de Santa-Aguilar (2023).⁷ Además, en la *Cintia* y en otros libros del corpus, estas manifestaciones suelen ser civilizadas y contenidas, frecuentemente asociadas a figuras externas al mundo bucólico y orientadas a enaltecer el sistema de valores de los personajes.

Ahora bien, en *La pastora de Mançanares* el tratamiento de lo violento es muy sugerente ya que, al desarrollar un único caso de amor (el triángulo Pánfilo-Amarilis-Riselo), estas manifestaciones ocurren en el nivel principal de la historia y se convierten, luego, en un motivo, que, al ser narrado también por los personajes, contribuye a la progresión del relato. Así, el episodio violento ocurre y se reelabora de varias maneras para brindar perspectiva y complejidad a la narración.

La primera agresión física pastoril se suscita en el libro III, cuando Pánfilo confirma sus sospechas sobre la infidelidad de Amarilis. Con anticipaciones en la narración, como las marcas que revelan su cólera y falta de contención —dice el narrador: “Pánfilo, que perdió ya los sentidos” (v. 4441)—, el pastor protagonista enfrenta a la pastora para reclamarle el trato cercano que tiene con Riselo, pero lo vence el furor y la fuerza física y la golpea con el puño en la cara, no una sino dos veces, haciéndola sangrar:

Pánfilo, que el enojo le á bencido,
a Amarilis la dio, en su rostro hermoso,

⁷ La observación de Santa-Aguilar es sumamente iluminadora para entender dichos mecanismos de tratamiento de la violencia en el género: “en la novela pastoril no son escasos los hechos violentos que no se desarrollan en el presente narrativo, el cual, si traducimos los códigos del teatro a los narrativos, sería ese directo ‘ante el público’, sino que se construyen como una acción que alguien (por lo general un cortesano) cuenta. Hay entonces en esta estrategia una mediación enunciativa que resulta en un alejamiento temporal, un desplazamiento al pasado, mayor o menor, de la acción violenta” (2023, 150).

dos puñetes: ¡muy bien la á sacudido!
 Las criadas acuden, que es forçosso.
 A Amarilis el rostro la á salido
 un arco en aquel cielo deleitosso.
 Y como el arco pronostica agua,
 su corazón en llanto se desagua
 (vv. 4449-4456).

Varios son los aspectos que llaman la atención de esta octava, además de lo desconcertante de ver a un personaje pastoril golpeando a su enamorada, a pesar de que lo haya hecho “vencido” por sus pasiones. En primer lugar, sobresale ese peculiar énfasis del narrador “¡muy bien la á sacudido!” que vacila entre la sorpresa y la celebración del hecho. Y a este respecto, quizá convenga recordar que un golpe en la cara es alarmante porque exhibe la violencia sin ninguna reserva. Por otra parte, un tanto ambigua resulta la referencia al “arco” que le produjo el golpe a Amarilis; sin embargo, el lector puede deducir que se refiere a las marcas físicas (en sangre o hematomas) que la agresión física le ha dejado en el rostro (“aquel cielo deleitosso”). Pánfilo huye de la escena mientras su pastora y Leonzia, su compañera, se quejan ante Galarzo de la conducta de este personaje.

A esta primera evidencia de violencia efectiva en el plano principal de la narración se suma una segunda muestra de agresión ejercida por Pánfilo hacia su amada Amarilis, tan solo un día después de la escena de los puñetes. En este nuevo encuentro, el cual toma lugar en la habitación de la pastora, ella comienza a gritar por temor a ser ofendida nuevamente: “y así ella muy grand miedo à recibido, / pensando que la diera bofetadas. / Por detrás de la cama se à metido” (vv. 4491-4493). Si bien puede tratarse apenas de un detalle, es importante advertir que antes el narrador se refirió a *puñetes* y aquí describe el temor de Amarilis a las *bofetadas*, agresiones que se diferenciarían por ser golpes con puño cerrado o abierto, y en cuyo último caso se percibían como “grande injuria” e “infamia” (*Covarrubias*). El miedo de la pastora se concreta pues, lejos de disculparse, Pánfilo reitera sus reclamos por su deshonestidad y le lanza una cazuela o cazoleta: “Y a la moça que en medio se interpeta / Pánfilo la tiró una çaçoleta” (vv. 4503-4504). En un ejercicio de imaginación visual, proyectar a un pastor lanzando objetos a su pastora tendría sin duda bastante de humorístico, como bien advierte Castillo Martínez (2005, 60). Con todo, este efecto de ridiculización no deja de lado el carácter anómalo de la violencia en una obra pastoril, especialmente porque el protagonista se recrea un poco en la posibilidad de dañar a Amarilis:

Que bien se holgara Pánfilo alcançara
 la çaçoleta, que en su rostro hiziera
 bengança de su lengua maliciossa,
 secretaria de un ama mentirossa
 (vv. 4509-4512).

De nuevo, es interesante cómo el narrador detiene su atención en el potencial agravio mostrado en el rostro de Amarilis, mientras que el protagonista, una vez más, huye “desesperado” (v. 4513). Siguiendo el orden del relato, ya que estos episodios se han desarrollado en el nivel principal de la narración, se transforman ahora en un motivo que el protagonista recupera en su epístola de disculpa. En una actitud bastante más sosegada, Pánfilo

escribe a Amarilis una carta muy larga en la que lamenta sus desventuras y, sobre todo, sus arrebatos:

¿Qué planeta riguroso,
 qué estrella tan desdichada
 me movió a ser tan furioso
 que quedase señalada
 mi afrenta en tu rostro hermoso?
 Mal aya mi pensamiento
 y mal ayan mis sentidos,
 pues sin aber fundamento
 anduvieron atrevidos
 solo por darme tormento
 (vv.4644 – 4653).

Aunque no refiere el episodio de los puñetes ni de la cazoleta con detalle, se vale para sus disculpas de la sinécdoque de la mano, como si la mano actuara de manera autónoma, se queja:

Por la mano soy culpado,
 por la mano soy perdido,
 por la mano me an desechado,
 por mano soy destruido
 y por la mano olvidado.
 Por mano bibo en tormento
 y por mano, amada mía,
 lloro al son de mi instrumento,
 toda la noche y el día
 culpas de mi atrebimiento.
 (vv. 4724-4733)

La violencia en el discurso epistolar de Pánfilo se evoca; sin embargo, al no ser descrita, *ya no ocurre*, y parece matizarse notablemente mediante el tratamiento lírico de la expresión del arrepentimiento y de las consecuencias emocionales que el ejercicio de la violencia hacia su pastora ha dejado en el protagonista.

Poco habría que confiar en este arrepentimiento de Pánfilo, pues no solamente vacila en su carta de la culpa a la agresión con esta despedida inusual para un enamorado: “Y si no me perdonáis, / mirad que coligré / que mal nacida seáis / y al cielo me quejaré / del tormento que me dais” (vv. 4829-4833), sino que, también, reincide en la violencia física en un segundo episodio de puñetes. Luego de que Clarinda, con la intención de que Pánfilo recobre la cordura y sea prudente en sus afectos, lo conmina a no amar a una pastora tan ambiciosa como Amarilis, el pastor arrebatado sintiendo que “el alma se le abrasa” (v. 5438) acude una vez más a la casa de “la muger más alebosa” (v. 5443) para desahogar sus frustraciones. La elaboración narrativa tanto del carácter del protagonista como de los episodios violentos es intempestiva, pues si bien el lector sabe ya que Pánfilo es sumamente impulsivo, estas escenas surgen en el devenir de la narración de un modo muy abrupto.

En el caso de este segundo episodio de puñetes —o puñadas, el término es objeto de vacilación— la agresión física solo se precede de una octava de tópicos comparaciones del

espíritu iracundo del personaje con animales caracterizados por ser bravos, salvajes y fieros (el toro, el león, el oso, el lobo). Así, el narrador indica que Pánfilo:

Entró do está Amarilis descuidada
y, hallándola a la puerta junto al prado,
en el rostro la tira una puñada
que el cuello de marfil a ensangrentado.
Lebantosse Leonzia alborotada.
Pánfilo por la puerta se á escapado.
ellas dan voces: «¡Tengan a ese hombre,
que à muerto una pastora de gran nombre!»
(vv. 5453-5360).

El episodio guarda evidentes reminiscencias con la primera vez que el pastor la golpea, con algunas modificaciones leves en los detalles: ahora la sangre se muestra en el cuello y, por las reacciones de Leonzia, supondría el lector que Amarilis cayó sin sentido a causa de esta puñada (aunque también apunta el narrador “aquel lamento / que Amarilis hazía tan fingido,” vv. 5479-5480). El esquema también se repite en la huida de Pánfilo, quien se esconde en una iglesia con la convicción de que “la dejaba / ya sin aliento” (vv. 5461-5462), pero en esta ocasión será prendido por la justicia y encarcelado. Si bien la permanencia de Pánfilo en la cárcel es relativamente breve, llama la atención la presencia de la justicia “en su dimensión de norma social,” como ha dicho Ignacio García Aguilar a propósito de la prisión en *El pastor de Iberia* (41), y pone sobre la mesa que la violencia ejercida por Pánfilo —incluso en su propio universo pastoril— no es únicamente una expresión de su carácter celoso e iracundo, sino que tiene consecuencias que alteran el orden de su comunidad.

Esta violencia que ocurre en el nivel principal de la narración se convierte, de inmediato, en materia de relato para la acusación de Leonzia ante el alcalde del pueblo. Importa aquí observar las divergencias entre el episodio que ocurre y el que narra la amiga de Amarilis. Dice la pastora:

Y, porque ella casarse no quería,
entró el falso traidor en mi aposento
y, en la garganta, a esta pastora á herido.
Una nabaja ha sido el instrumento
con que tal sinrazón á cometido.
Justicia es lo que pido, ¡el traidor muera,
pues la quiso matar d’esta manera!” (vv. 5494-5500).

En el relato de la pastora, además de las discrepancias frente al episodio que el lector conoce, se percibe también una voluntad clara de perjuicio. La idea de que Pánfilo la lastimó por no querer casarse y, sobre todo, la presencia de la navaja son elementos que introduce Leonzia sin mucha fidelidad a los hechos, quizá para enfatizar la violencia y reclamar justicia⁸ o quizá, por una falta de coherencia narrativa del anónimo autor, no podemos saberlo; sin embargo, resulta evidente que este episodio se convierte en un motivo persistente que refuerza el tratamiento literario de la violencia. Los puñetazos que Pánfilo le da a Amarilis no son un

⁸ Pocos versos adelante, se aclara que la narración de Leonzia es falsa y que la herida de la navaja fue solo un arañazo.

destello violento que ocurre y desaparece, sino que hay una intención de darle continuidad para avanzar hacia la transformación final del protagonista, quien abandonará su amor por la pastora y la propia vida pastoril.

La concepción de violencia que pasa y que se cuenta en *La pastora de Mançanares* tiene una última manifestación a la que me referiré ahora. Se trata del extenso relato que Pánfilo hace a la ninfa (llamada también diosa) que lo acoge en su morada, igualmente en el Libro III. En su narración, el pastor recrea en forma de anécdota la violencia que él mismo ejerció en contra de Amarilis. Este mecanismo es sugerente debido a que nos brinda la perspectiva del personaje sobre sus propias acciones, pero mediadas por una distancia espacial y temporal que le permite cierta objetividad. Siguiendo las habituales fórmulas de solicitud del relato en el género —que no abundan en la obra, por cierto— la diosa-ninfa pide al pastor que le comparta “su trabajosa y miserable vida” (v. 6291) y él, sin dejarse rogar mucho, emprende el extenso y detallado relato de sus desdichas.⁹ Esta relación, de 360 versos, comienza desde su nacimiento y desarrolla muy pronto cómo surgió su amor por Amarilis; además, de manera previsible, el relato de Pánfilo presta notable atención a la deshonestidad e infidelidad de la pastora y a los celos que le causa Riselo. Un aspecto destacable es que el pastor protagonista es consistente en su historia con elementos señalados por el narrador en el nivel principal de la obra, por ejemplo, en lo que respecta a su caracterización como un personaje impulsivo y colérico. Como ocurrió en el episodio de la segunda agresión física (la de la sangre en el cuello), su naturaleza se perfila desde sus propias palabras en analogía con los animales salvajes que ya el narrador había mencionado —el tigre y el toro—. El fragmento en el que Pánfilo recrea discursivamente la violencia es el siguiente:

Entré en cassa de Amarilis
algún tanto sosegado.
En el rostro, que en el alma
iba, como toro bravo
embestí con ella al punto
y, en su rostro delicado,
con el puño la pegué
dos golpes desesperados.
Assíla con las sortijas
que beis en aquesta mano,
donde puse en su garganta
un lebe y pequeño arañó.
Dan voces que yo la é muerto
y, en un punto acelerado,
ban al alcande llorosas
a contalle el fiero casso.
Mandáronme al fin prender,
de la iglesia me sacaron

⁹ En otro lugar he estudiado los mecanismos narrativos que propician la inserción de relatos en un eje principal de las obras. Una estrategia para vincular estas narraciones en voz de pastores narradores está cifrada en la curiosidad, pues la dinámica recurrente de querer escuchar-contar historias dinamiza el ritmo narrativo de estas obras (Encarnación, 36).

y, en la cárcel, me pusieron
 con unos grillos pesados.
 (vv. 6509-6528)

En la medida en que narrar implica asumir una perspectiva determinada y una serie de decisiones críticas sobre lo que se cuenta, lo que se oculta, lo que se inventa y lo que se enfatiza, este relato genera cierta suspicacia sobre el episodio de los puñetes. Esto se debe a que Pánfilo alude en su historia a una sola de las ocasiones en que agravia a Amarilis cuando en el nivel principal de la narración lo hace en dos distintas ocasiones. Así, como afirma Castillo Martínez, en su faceta de narrador de su propia vida, Pánfilo elabora su relato “prescindiendo de todos aquellos elementos innecesarios u ornamentales” (2005, 34), lo cual explicaría que el pastor solo refiera una de las dos ocasiones en que agrede a Amarilis. La información nueva o distinta que tenemos del episodio a partir de la historia de Pánfilo es que el motivo de la sangre fue lastimarle levemente el cuello con unos anillos y el número de puñetes, que en su discurso son dos y en el plano principal de la narración fue solo uno. Estas inconsistencias en los detalles y en las versiones del episodio según las perspectivas de Pánfilo, Leonzia y del propio narrador son muy reveladoras de cómo se añade, suprime y combina información para elaborar narrativamente la violencia física en *La pastora de Mançanares*. Así, este fragmento de relato interpolado problematiza la percepción del episodio violento de la obra, ya que, como vemos, se proyecta frente al lector en el nivel principal de la narración, y luego se cuenta y se reelabora enfáticamente, con un influjo muy decisivo en la articulación global de la obra.

En los últimos momentos de *La pastora de Mançanares*, cuando se desarrolla la determinación de Pánfilo por renunciar a la vida pastoril y al amor de Amarilis, vuelve a mencionarse el episodio violento en voz del protagonista. En esta ocasión, la evocación de la violencia se presenta sin ningún atisbo de culpabilidad por parte del pastor, quien afirma sin tapujos: “nueba bez me atrebiera a puñadas / verter su sangre bil y fementida / pues ha traido siempre captivadas / mis esperanças con tan triste vida” (vv. 8016-8020). Muy trascendente para la trayectoria del género resulta este posicionamiento de rechazo tajante al amor y sus mudanzas, y no parece una casualidad que la violencia aparezca asociada a esta ruptura de un mundo típicamente idealizado y dominado por el amor. Por supuesto que quien pronuncia estos versos de despedida es, en ese momento de la narración, un personaje ya desengañado, cuya partida además no reviste tonos melancólicos ni dolorosos; al contrario, el narrador cierra la obra anticipando mejores horizontes para su pastor.

Si bien es cierto que, probablemente, esta novela no sea la obra del corpus más estudiada por su calidad literaria, es innegable que la configuración de la violencia en *La pastora de Mançanares* y *desdichas de Pánfilo* da cuenta del resquebrajamiento de unas convenciones que avanzan hacia la humanización de los personajes y también hacia una problematización de los asuntos literarios que recupera lo cotidiano y cercano para el lector. Desde esta perspectiva, no extraña entonces que también los conflictos planteados en este texto comprendan aquellas emociones lejanas del amor idealizado: los celos, la pasión, las manifestaciones físicas de la ira y de la frustración. La violencia en esta obra no es un fenómeno aislado, ocasional o de mero entretenimiento episódico: es un motivo que en el nivel principal de la obra desequilibra las expectativas de los lectores al contravenir una noción de amor excesivamente artificiosa y, como suceso que se evoca y reelabora continuamente en voz de los personajes, hace que lo violento tenga una presencia cada vez más perceptible y determinante en el universo bucólico. Esta forma de elaborar literariamente la violencia apela, sin duda, a un momento de declive genérico, en el

que los textos tienden un diálogo crítico y paródico con las convenciones que años atrás le dieron su esencia a lo pastoril. La positiva recepción que muchas de las obras canónicas gozaron durante el XVI quizá no fuera la misma para testimonios tardíos como *La pastora de Mançanares*; pero no por ello resulta menos valiosa su apuesta por configurar una atmósfera de ficción más humana y más fisurada, capaz de poner en crisis los ideales y las concepciones de una realidad agitada, vertiginosa y, a todas luces, permeada a profundidad por las más diversas manifestaciones de violencia.

Obras citadas

- Avalle Arce, Juan Bautista. *La novela pastoril española*. Madrid: Ediciones Istmo, 1974.
- Castillo Martínez, Cristina. “*La pastora de Mançanares y desdichas de Pánfilo* (ms. 189 BNM). Un libro de pastores desconocido.” *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche (Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche)*, VI (2003): 107-132.
- . “De las lágrimas a la risa: análisis de la decadencia de los libros de pastores.” En Francisco Domínguez Matito y María Luisa Lobato López eds. *Memoria de la palabra: actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro: Burgos, La Rioja, 15-19 de julio 2002*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2004. 497-510.
- ed. *La pastora de Mançanares y desdichas de Pánfilo*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2005.
- . “La violencia en los libros de pastores.” *Revista de literatura* 143 (2010): 55-68.
- Cull, John T. “Further Observations on Violence in the Pastoral Novel.” En Juan Cruz Mendizábal ed. *El tema de la violencia en las literaturas hispánicas*. Indiana: University of Pennsylvania, 1987. 58-68.
- Encarnación, Paola. *Relato y curiosidad en la arcadia. Mecanismos narrativos en los libros de pastores españoles*. Madrid: Sial, 2019.
- García Aguilar, Ignacio ed. *El pastor de Iberia compuesto por Bernardo de la Vega (1591)*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2017.
- López Estrada, Francisco. *Los libros de pastores en la literatura española*. Madrid: Gredos, 1974.
- Montero, Juan ed. *La Diana de Jorge de Montemayor*. Barcelona: Crítica, 1996.
- Mujica, Barbara. “Cervantes’ Blood-Spattered Arcadia: La Galatea.” En *Iberian Pastoral Characters*. Potomac: Scripta Humanistica, 1986. 171-209.
- Muñoz Sánchez, Juan Ramón. “El episodio de Lisandro y Leónida de *La Galatea*: Una historia trágica de amor y venganza.” *Etiópicas: Revista de letras renacentistas* 16 (2020): 9-35.
- Sáez, Adrián J. “Un ‘pecado tan malo y feo’. Variaciones cervantinas sobre el suicidio.” *Iberoromania: Revista dedicada a las lenguas y literaturas iberorrománicas de Europa y América* 82 (2015): 202-217.
- Santa-Aguilar, Sara. “*La Galatea* frente a la economía de la violencia en la novela pastoril.” *Cervantes: Journal of the Cervantes Society of America* 43 (2023): 143-161.